

CRECIENDO EN LA AMISTAD CON CRISTO



A TRAVÉS DE LA CUARESMA CON
EL PAPA FRANCISCO, HENRI NOUWEN
Y LA SANTA MADRE TERESA

INTRODUCCIÓN

Antes de que los primeros cristianos fueran conocidos como cristianos, ellos se autodenominaban simplemente seguidores de “el Camino” (Hechos 9:2; 18:25, 26; 19:9, 23; 24:14, 22). El camino cristiano es simplemente el camino hacia Dios por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Por lo tanto, la espiritualidad se trata de la forma en que llegamos desde donde comenzamos hasta donde vamos a terminar. Es una forma de ver el mundo (nuestra cosmovisión) y una forma de actuar en el mundo (nuestras acciones). Este año seremos guiados durante la jornada Cuaresmal de fe y conversión por tres expertos guías espirituales: el Papa Francisco, La Santa Madre Teresa de Calcuta (1919-1997) y el sacerdote-psicólogo Padre Henri J.M Nouwen (1932-1996). Por medio de sus profundas reflexiones diarias aprenderemos a ver el mundo como lo ve Jesús, a valorarlo como él lo valora y actuar como él actúa, lo cual inevitablemente nos llevará a la cruz, tal como lo llevó a él. Pero tal como lo hizo Jesús, debemos encomendarnos a Dios y confiar que a través de nuestra cruz lograremos una nueva vida de resurrección.

—Steve Mueller
Editor

RECONOCIMIENTOS



Papa Francisco

Las reflexiones del Papa Francisco fueron adaptadas de sus discursos y homilias apostólicas, audiencias papales encíclicas, reflexiones y exhortaciones.



Madre Teresa

Donde Hay Amor, Está Dios. Las Enseñanzas Privadas de la Santa de Calcuta ed. Brian Kolodiejchuk M.C., traducido por Núria Pujol Valls (Editorial Planeta, 2012).



Henri J.M. Nouwen

A Cry for Mercy (Doubleday, 1981); *Finding My Way Home* (Crossroad, 2001); *Letters to Marc about Jesus* (HarperCollins, 1998); *The Return of the Prodigal Son: The Story of Homecoming* (Doubleday, 1992); *The Selfless Way of Christ: Downward Mobility and the Spiritual Life* (Orbis, 2007).

Miércoles de Ceniza

RECIBE A JESÚS COMO A UN AMIGO

“Pero ahora —lo afirma el Señor—, vuélvanse a mí de todo corazón. ¡Ayunen, griten y lloren! ¡Vuélvanse ustedes al Señor su Dios, y desgárrense el corazón en vez de desgarrarse la ropa!” (Joel 2:12)

La Cuaresma es un nuevo comienzo, un camino que nos lleva a un destino seguro: la Pascua de Resurrección, la victoria de Cristo sobre la muerte. Y en este tiempo recibimos siempre una fuerte llamada a la conversión: el cristiano está llamado a volver a Dios «de todo corazón», a no contentarse con una vida mediocre, sino a crecer en la amistad con el Señor. Jesús es el amigo fiel que nunca nos abandona, porque incluso cuando pecamos espera pacientemente que volvamos a él y, con esta espera, manifiesta su voluntad de perdonar. La Cuaresma es un tiempo propicio para intensificar la vida del espíritu a través la Palabra de Dios, que en este tiempo se nos invita a escuchar y a meditar con mayor frecuencia. Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y está proyectado hacia el futuro. La novedad de Dios se presenta ante los ojos de todos nosotros como la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Acepta entonces que Jesús Resucitado entre en tu vida, acógelo como amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si hasta ahora has estado lejos de él, da un pequeño paso: te acogerá con los brazos abiertos. Si eres indiferente, acepta arriesgar: no quedarás decepcionado. Si te parece difícil seguirlo, no tengas miedo, confía en él, ten la seguridad de que él está cerca de ti, está contigo, y te dará la paz que buscas y la fuerza para vivir como él quiere.

—Papa Francisco

¿Cuáles pasos prácticos podré tomar para acercarme más a Jesús durante esta Cuaresma?

Jueves después del Miércoles de Ceniza

PERTENEZCO A JESÚS

“Dios los ama, y los ha llamado a ser de Jesucristo.” (Romanos 1:6)

Dios nos ha elegido, nos ha llamado—a cada uno de nosotros—por nuestro nombre. Es parte del plan de Dios, parte de su infinita misericordia que Dios nos haya llamado a todos juntos, a cada uno, con nuestras personalidades y defectos particulares. No importa quién diga qué, nada cambia esto para mí. Yo pertenezco a Jesús, y él puede hacer lo que quiera conmigo.

El trabajo que hacemos no es nuestra vocación. Nuestra vocación es que pertenecemos a Él. Nuestra profesión es que pertenecemos a Él. Por lo tanto, estoy lista para hacer cualquier cosa: lavar, tallar, y demás. Como una madre que da a luz a un niño, ese niño le pertenece. Cuando lava, cuando se queda velando de noche, y demás, es porque ese niño le pertenece. Ella no haría esto por cualquier otro niño, pero haría cualquier cosa por su propio hijo— hasta lavar lo más sucio. Si yo pertenezco a Jesús, entonces yo haré cualquier cosa por Jesús. Hoy, tan solo medita esto: ¿Cuál es mi actitud hacia Jesús? ¿Tengo un amor vivo por Jesús?

—Santa Madre Teresa

¿Cómo podría mostrarle más amor a Jesús por medio de mis acciones?

Viernes después del Miércoles de Cenizas

CONVIRTÁMONOS EN CRISTOS VIVIENTES

“Y ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Y la vida que ahora vivo en el cuerpo, la vivo por mi fe en el Hijo de Dios, que me amó y se entregó a la muerte por mí.” (Gálatas 2:20)

La vida espiritual es una vida guiada por el mismo Espíritu que guio a Jesucristo. El Espíritu es el aliento de Cristo en nosotros, el poder divino de Cristo activo en nosotros, la fuente misteriosa de nueva vitalidad que nos hace conscientes de que no somos nosotros quienes vivimos, sino que es Cristo quien vive en nosotros. En efecto, el vivir una vida espiritual significa convertirse en Cristos vivos. Las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios, nos forma en Cristos vivos, y esta formación en Cristos vivos por medio de nuestra relación con su Espíritu va más allá de la información, la instrucción, la edificación o la inspiración. Esta formación requiere que comamos de la Palabra, que la mastiquemos, la digiramos, y de esta manera permitamos que se convierta en verdadero alimento. De esta forma la Palabra desciende de nuestra mente a nuestro corazón y ahí encuentra un lugar para habitar. De esto se trata la meditación. La meditación es la disciplina de poner atención a la Palabra en nuestro interior. Entre los tantos textos que la iglesia nos presenta cada año, podríamos encontrar una sola palabra, una historia, una parábola, una oración, que tenga el poder de regresarnos al camino, de cambiar nuestra vida entera, de darnos una nueva mente y corazón, de formarnos en Cristo.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cómo podré encontrar más tiempo hoy para meditar lo que la Palabra de Dios tiene para mí?

Sábado después del Miércoles de Cenizas

LOS LLAMO MIS AMIGOS

“Ya no los llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su amo. Los llamo mis amigos.” (Juan 15:15)

Es tan importante la amistad que Jesús mismo se presenta como amigo. Por la gracia que Él nos regala, somos elevados de tal manera que somos realmente amigos suyos. Con el mismo amor que Él derrama en nosotros podemos amarlo, llevando su amor a los demás, con la esperanza de que también ellos encontrarán su puesto en la comunidad de amistad fundada por Jesucristo. Y si bien Él ya está plenamente feliz resucitado, es posible ser generosos con Él, ayudándole a construir su Reino en este mundo, siendo sus instrumentos para llevar su mensaje y su luz y, sobre todo, su amor a los demás. Los discípulos escucharon el llamado de Jesús a la amistad con Él. Fue una invitación que no los forzó, sino que se propuso delicadamente a su libertad: «Vengan y vean» les dijo, y «ellos fueron, vieron donde vivía y se quedaron con Él aquel día» (Jn 1,39). Después de ese encuentro, íntimo e inesperado, dejaron todo y se fueron con Él.

—Papa Francisco

¿Qué aspecto de Jesús deseo comprender para mi vida hoy?

Primer Domingo de Cuaresma

LO SIENTO, PERO ESTOY MUY OCUPADA

“Dichoso el hombre que soporta la prueba con fortaleza, porque al salir aprobado recibirá como premio la vida, que es la corona que Dios ha prometido a los que lo aman.” (Santiago 1:12)

El demonio muchas veces se presenta como un ángel de luz. Intentó engañar a Jesús con bellas palabras de las escrituras—porque entre más te acercas a Jesús, más anda el demonio tras de ti. Debes pasar más tiempo en la oración. Jesús no te espera en el sagrario, sino en los barrios pobres, tocando, y amando a los pobres. El demonio tiene ideas muy inteligentes—muy astutas—a Jesús le citó las Sagradas Escrituras. No dijo ni una palabra mala, usó sólo las más bellas palabras para engañar incluso a Jesús. Y utiliza las cosas más hermosas para engañarnos a nosotros: y no, no usará cadenas para amarrarnos sino hilos de seda. Es demasiado astuto. Ninguno de nosotros debería sentirse tan seguro para jugar con fuego. El demonio nunca te tentará con algo grande, lo hará con algo pequeño. Si el demonio fuese a ganar un premio Nobel, se lo ganaría por su paciencia. Así como hacemos pequeñas

cosas con gran amor, así somos capaces de hacer pequeñas cosas con gran odio en nuestro corazón. Cuando siento que el demonio viene a tentarme, he aprendido a usar un truquito muy simple. Le digo: «Lo siento, pero estoy muy ocupada.»

—Santa Madre Teresa

¿Qué es lo que más me ayuda a vencer las tentaciones que estoy enfrentando en este momento?

Lunes, Semana 1

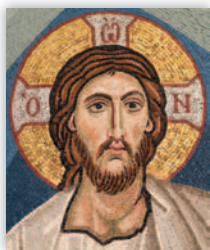
SEGUIR EL CAMINO DE DESCENSO DE CRISTO

“Si alguien quiere ser el primero, deberá ser el último de todos, y servirlos a todos.” (Marcos 9:35)

La vida espiritual es la vida del Espíritu de Cristo en nosotros y entre nosotros. El Espíritu Santo nos guía en un camino de descenso, no para causarnos sufrimiento o someternos a dolor y humillaciones, sino para ayudarnos a ver que Dios está presente en medio de nuestras luchas. Cuando nos hagamos partícipes de este camino de descenso, el camino de la cruz, seremos conscientes de que realmente somos hijos e hijas de Dios. Jesús nos dice que el Espíritu por el cual participamos de la vida divina es el mismo Espíritu que nos permite vivir en el mundo sin ser parte del mundo. Por otro lado, el enemigo vaga por el mundo buscando alejarnos de Dios y retornarnos al camino de movilidad ascendente. Debemos enfrentar y lidiar con el tentador como lo hizo Jesús. Puede ser que la manera de descubrir la verdadera calidad de nuestra vida espiritual sería reconociendo nuestras tentaciones. Las tres tentaciones que enfrentamos una y otra vez son la tentación de ser competentes, la tentación de ser espectaculares y la tentación de ser poderosos. Las tres son tentaciones de regresar a los caminos del mundo de movilidad ascendente y de desviarnos de nuestra misión que es mostrarle Cristo al mundo.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cuál de estas tres tentaciones me seduce más y me aleja del camino de Jesús?



Martes, Semana 1

ENFRENTANDO NUESTRAS TENTACIONES

“Uno es tentado por sus propios malos deseos, que lo atraen y lo seducen. De estos malos deseos nace el pecado; y del pecado, cuando llega a su completo desarrollo, nace la muerte.” (Santiago 1:13)

La Cuaresma es un tiempo para ajustar los sentidos y abrir los ojos frente a tantas injusticias que atentan directamente contra el sueño y el proyecto de Dios. Es un tiempo para desenmascarar esas tres grandes formas de tentaciones que rompen, dividen la imagen que Dios ha querido plasmar en nosotros e intentan arruinar la verdad a la que hemos sido llamados.

Primera: La riqueza, adueñándonos de bienes que han sido dados para todos y utilizándolos tan sólo para mí o «para los míos». Es tener el «pan» a base del sudor del otro, o hasta de su propia vida. Esa riqueza que es el pan con sabor a dolor, amargura, a sufrimiento. En una familia o en una sociedad corrupta ese es el pan que se le da de comer a los propios hijos.

Segunda tentación: La vanidad, esa búsqueda de prestigio en base a la descalificación continua y constante de los que «no son como uno.» La búsqueda exacerbada de esos cinco minutos de fama que no perdona la «fama» de los demás.

La tercera tentación, la peor, la del orgullo, o sea, ponerse en un plano de superioridad del tipo que fuese, sintiendo que no se comparte la «común vida de los mortales», y que reza todos los días: «Gracias te doy Señor porque no me has hecho como ellos» (Luc 18:11).

Tres tentaciones de Cristo, Tres tentaciones a las que el cristiano se enfrenta diariamente. Tres tentaciones que buscan degradar, destruir y sacar la alegría y la frescura del Evangelio. Que nos encierran en un círculo de destrucción y de pecado.

—Papa Francisco

¿Cuál de estas tentaciones más me aleja de seguir el ejemplo de Jesús en mi vida?

Miércoles, Semana 1

NO PECAMOS HASTA QUE DECIMOS “SÍ”

“Su enemigo el diablo, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar. Resístanle, firmes en la fe, sabiendo que en todas partes del mundo los hermanos de ustedes están sufriendo las mismas cosas.” (1 Pedro 5:8-9)

El demonio no nos tienta tanto para dañarnos como para destruir a Dios en nosotros. No somos nada para él. Puede lastimar a muchos, pero está muy

ansioso por destruir a Dios en nuestra alma, por separarnos, porque sabe que Cristo murió por nosotros y desea que su Preciosísima Sangre se desperdicie en nosotros. Es ese odio a Dios el que quiere que compartamos cuando pecamos, con una mala acción o un mal deseo. Pero no hay pecado hasta que decimos «sí» y ésa es la parte más hermosa. Por mucho que el demonio sea el padre de la mentira, aunque sienta que tiene mucho poder, no puede obligarnos a decir que sí, ni ante lo más pequeño si nosotros no queremos. Esta es la parte maravillosa de Dios, dada a todas las almas, que ni siquiera el demonio ni el infierno entero, podrían arrebatarnos si no queremos. Por eso el pecado sólo viene cuando lo escogemos. El demonio es como un león rugiente que va dando vueltas y más vueltas buscando a quien devorar. El pecado es el mal que destruye el templo de Dios en nuestro interior, que intenta separar al alma de Dios.

—Santa Madre Teresa

¿Cómo podré fortalecer mi libertad de decir «no» a mis tentaciones?

Jueves, Semana 1

CONVIRTÁMONOS EN OTROS CRISTOS

“Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús... que renunció a lo que era suyo... haciéndose obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz.” (Filipenses 2:5, 7, 8)

Nuestra vocación como cristianos es seguir a Jesús en su camino de descenso y hacernos testigos de la compasión de Dios en el tiempo y espacio concreto que ocupamos. Nuestra tentación es permitir que la necesidad de éxito, notoriedad e influencia domine nuestros pensamientos, palabras y acciones hasta tal punto que seamos arrastrados hacia el destructivo remolino de movilidad ascendente y de este modo perdamos nuestra vocación. Esa tensión permanente entre vocación y tentación nos presenta la necesidad de una formación espiritual. Precisamente como el camino de movilidad descendente, que es la senda de la cruz, no puede depender de nuestras respuestas espontáneas, nos enfrentamos con la pregunta: «¿Cómo moldeamos nuestra mente y corazón a la mente y corazón del Cristo que todo lo entrega hasta quedarse vacío?» Seguir a Cristo requiere de voluntad y determinación para permitirle al Espíritu de Dios que impregne todos los rincones de nuestra mente y corazón y así convertirnos en otros Cristos. La formación es transformación, y la transformación significa seguir convirtiendo nuestra mente en la mente de Cristo, quien no se aferró a su igualdad con Dios, sino que se vació a sí mismo.

—Henri J.M. Nouwen

¿Qué necesito hacer para ser más como Cristo y convertir mis acciones en las de Él?

Viernes, Semana 1

EN TI, OH SEÑOR, CONFÍO

“Pero yo, Señor, confío en ti; yo he dicho: «¡Tú eres mi Dios!»” (Salmo 31:14)

Hemos elegido a Jesús y no al maligno. Jesús no le contesta al demonio con sus propias palabras, sino que le contesta con las palabras de Dios, las palabras de la Escritura. Con el demonio no se puede dialogar, porque nos va a ganar siempre. Solamente el poder de la Palabra de Dios puede vencerlo. Hemos optado por Jesús y no por el demonio. Queremos seguir las huellas de Jesús pero sabemos que no es fácil. Sabemos lo que significa ser seducidos por el dinero, la fama y el poder. Por eso, la Iglesia nos regala este tiempo, nos invita a la conversión con una sola certeza: Él nos está esperando y quiere sanar nuestros corazones de todo lo que lo degrada, degradándose o degradando. Es el Dios que tiene un nombre: misericordia. Su nombre es nuestra riqueza, su nombre es nuestra fama, su nombre es nuestro poder y en su nombre una vez más volvemos a decir con el salmo: «Tú eres mi Dios en ti confío.»

—Papa Francisco

¿Cómo puedo expresar mi confianza en Jesús y pedirle que me ayude a vencer mis tentaciones?

Sábado, Semana 1

FIELES EN LO POCO

“El diablo ha sido un asesino desde el principio. No se mantiene en la verdad, y nunca dice la verdad. Cuando dice mentiras, habla como lo que es; porque es mentiroso y es el padre de la mentira.” (Juan 8:44)

Si nos permitimos ser infieles en las pequeñas cosas y decimos: «no importa», llegará el día en que querremos librarnos de eso y estaremos tan cegados que no sabremos cómo. Jesús nos lo dice en una sola palabra cuando nos describe al demonio como el padre de la mentira. Podrás ser santo o pecador, ambos tienen tentaciones. Tenemos que luchar contra la tentación como Nuestro Señor, con confianza y humildad. Con Él venzo. Con Él puedo hacerlo todo. Dios nos ayudará. Solos no somos capaces de nada. El orgullo ayuda al demonio. El demonio no se presenta como hizo con Nuestro Señor, con la tentación del desierto, mostrándonos montañas y todos los tesoros del mundo. Para nosotros, hay pequeñas cosas: decir bellamente las oraciones, tomar el agua bendita con reverencia. El demonio nos hace pensar: «¿Qué sentido tiene pedir siempre permiso?» El demonio utiliza un hilo de seda

para atraparnos, no una soga. Aunque también haya sogas. Si piensas que estás en un pedestal, te equivocas.

—Santa Madre Teresa

¿Cómo me ha llevado el ceder a las pequeñas tentaciones a ceder a otras aún mayores?

Segundo Domingo de Cuaresma

SOMOS LOS HIJOS AMADOS DE DIOS

“Y se oyó una voz del cielo, que decía: «Tú eres mi Hijo amado, a quien he elegido.»” (Marcos 1:11)

La visión de la transfiguración no se trata sólo de Jesús. También nos concierne a ustedes y a mí. Jesús vino a compartir su identidad con ustedes y a decirles que ustedes son amados hijos e hijas de Dios. Sólo por un instante intenta adentrarte en este enorme misterio, al igual que Jesús, tú eres un hijo amado de Dios. Es la verdad. Además, fuiste amado antes de nacer. Fuiste amado antes de que te amaran, o te lastimaran, tu padre, tu madre, tu hermano, tu hermana, o tu iglesia. Eres amado porque perteneces a Dios desde toda la eternidad. Dios te amó antes de que nacieras, y Dios te amará después de tu muerte. En la Escritura Dios dice, «Te he amado con amor eterno.» Perteneces a Dios de eternidad a eternidad. La vida es sólo una pequeña oportunidad que se te da para que durante unos cuantos años tú puedas decirle, «Yo también te amo.»

—Henri J.M. Nouwen

¿Cuándo me he sentido más como hijo amado de Dios?

Lunes, Semana 2

ESCUCHEN A MI HIJO AMADO

“En esto, apareció una nube y se posó sobre ellos. Y de la nube salió una voz, que dijo: «Éste es mi Hijo amado: escúchenlo.»” (Marcos 9:7)

Cuando el Señor se transfigura ante Pedro, Santiago y Juan, éstos oyen la voz de Dios Padre, que dice: «Éste es mi Hijo. Escuchadlo.» La primera tarea del cristiano es escuchar la Palabra de Dios, escuchar a Jesús, porque Él, con esta Palabra, hace que nuestra fe sea más robusta, más fuerte. Muchas cosas escuchamos durante el día, pero ¿dedicamos un poco de tiempo, cada día, para escuchar a Jesús, para escuchar la Palabra de Jesús? ¿Cada día, escuchamos a Jesús en el Evangelio, leemos un pasaje del Evangelio? ¿O tenemos mie-

do de esto, o no estamos acostumbrados? La Palabra de Jesús es el alimento más fuerte para el alma: nos nutre el alma, nos nutre la fe. La palabra de Jesús cada día entra en nuestro corazón y nos hace más fuertes en la fe. Os sugiero también tener un pequeño Evangelio, pequeñito, para llevar en el bolsillo, en el bolso y cuando tengamos un poco de tiempo tomar el Evangelio y leer dos palabritas. Cuando escuchamos las palabras de Jesús y contemplamos cómo era Jesús, cómo hacía las cosas, nuestra inteligencia, nuestro corazón siguen adelante por el camino de la esperanza, donde el Señor nos quiere poner.

—Papa Francisco

¿Cómo podría tomarme un tiempcito hoy para escuchar las palabras de Jesús en la Escritura?

Martes, Semana 2

DIOS HABLA EN EL SILENCIO DE NUESTRO CORAZÓN

“Habla, Señor, que tu siervo escucha.” (1 Samuel 3:9)

Para poder rezar por la paz debemos primero ser capaces de escuchar, pues Dios nos habla en el silencio del corazón, y ése es el inicio de la oración, ése es el inicio de la paz. Él habla, y nosotros debemos tener la valentía de escucharle. Y sólo entonces, desde la plenitud de nuestros corazones, podemos hablar, podemos rezar la oración por la paz. El fruto de la oración es la profundización del amor, de la fe. Si creemos, podremos rezar, y el fruto de la fe está forjado de amor, y el fruto del amor es el servicio. Por eso las obras de amor son siempre obras de paz, y para poder dedicar nuestros corazones y nuestras manos al servicio amoroso debemos conocer a Dios, saber que Dios es amor, que nos ama y que nos ha creado—a todos y cada uno—para cosas más grandes. Nos ha creado para amar y ser amados, y ése es el inicio de la oración—saber que Él me ama, y que he sido creada para cosas más grandes.

—Santa Madre Teresa

¿Cómo podré pasar más tiempo hoy escuchando a Jesús en el silencio de mi corazón?



Miércoles, Semana 2

ENVIADOS A PROCLAMAR EL AMOR DE DIOS

“El amor de Cristo se ha apoderado de nosotros desde que comprendimos que uno murió por todos... para que los que viven ya no vivan para sí mismos, sino para él, que murió y resucitó por ellos.” (2 Corintios 5:14-15)

Si te atreves a creer que fuiste amado antes de nacer, podrías de pronto darte cuenta de que tu vida es muy, muy especial. Te darás cuenta de que fuiste enviado aquí sólo por un corto tiempo, por veinte, cuarenta, u ochenta años, para descubrir y creer que eres un hijo amado de Dios. La cantidad de tiempo no importa. Fuiste enviado a este mundo para creer que eres elegido de Dios, y después ayudar a tus hermanos y hermanas a que sepan también que pertenecen juntos como hijos e hijas amados de Dios. Somos enviados a este mundo a ser un pueblo de reconciliación. Somos enviados para sanar, para romper los muros entre nosotros y nuestros vecinos, localmente, nacionalmente, y globalmente. Antes de que existieran las diferencias, las separaciones y los muros construidos en bases de temor, existía la unidad en la mente y en el corazón de Dios. De esa unidad, fuiste enviado al mundo por un corto tiempo para proclamar que tú y todo ser humano pertenecen al mismo Dios de amor quien vive de eternidad a eternidad.

—Henri J.M. Nouwen

¿Con quién podría encontrar una forma de compartir el amor de Dios hoy?

Jueves, Semana 2

COMPARTE LA PALABRA DE DIOS CON OTROS

“Que prediques el mensaje, y que insistas cuando sea oportuno y aun cuando no lo sea. Convence, reprende y anima, enseñando con toda paciencia.” (2 Timoteo 4:2)

Nosotros, discípulos de Jesús, estamos llamados a ser personas que escuchan su voz y toman en serio sus palabras. Para escuchar a Jesús es necesario estar cerca de Él, seguirlo, como hacían las multitudes del Evangelio que lo seguían por los caminos de Palestina. Jesús no tenía una cátedra o un púlpito fijos, sino que era un maestro itinerante, proponía sus enseñanzas, que eran las enseñanzas que le había dado el Padre, a lo largo de los caminos, recorriendo trayectos no siempre previsibles y a veces poco libres de obstáculos. Seguir a Jesús para escucharle. Pero también escuchamos a Jesús en su Palabra escrita, en el Evangelio. Cuando oímos la Palabra de Jesús, escuchamos la Palabra de Jesús y la tenemos en el corazón, esa Palabra crece. ¿Sabéis cómo

crece? ¡Donándola al otro! La Palabra de Cristo crece en nosotros cuando la proclamamos, cuando la damos a los demás. Y ésta es la vida cristiana. Es una misión para toda la Iglesia, para todos los bautizados, para todos nosotros: escuchar a Jesús y donarlo a los demás.

—Papa Francisco

¿Con quién podría tener la oportunidad de compartir la Palabra de Dios acerca de Jesús hoy?

Viernes, Semana 2

BUSCANDO A DIOS

“Pidan, y Dios les dará; busquen, y encontrarán; llamen a la puerta, y se les abrirá.” (Mateo 7:7)

La gente busca ayuda espiritual, busca consuelo. Tienen tanto miedo, están tan desalentados y desesperados, que muchos se suicidan. Es por eso que debemos concentrarnos en ser el amor de Dios, la presencia de Dios—no por medio de palabras, sino de servicio, amor concreto, de escuchar. Debemos buscar a Dios de todo corazón: amar a Dios y anhelar a Dios. De esta manera saciaremos la sed que Dios tiene de que nosotros tengamos sed de Jesús, Dios hecho humano, quien vino a revelarnos al Padre. Medita en la oración con profunda fe sus enseñanzas y esfuérzate de todo corazón en seguir sus mandatos. Para cerciorarse de que recordemos su gran amor, se convirtió en Pan de Vida para satisfacer nuestra hambre de su amor—nuestra hambre de Dios—, pues hemos sido creados para ese amor. Jesús se convirtió en el hambriento, el desnudo, el que no tiene casa, el enfermo, el que está en la cárcel, el que está solo, aquel a quien nadie quiere, para que pudiéramos amar como Él nos amó, porque nos dijo: «Todo lo que hicieron por uno de estos hermanos míos más humildes, por mí mismo lo hicieron» (Mateo 25:40). Jesús está hambriento de nuestro amor, y ésa es el hambre de nuestros pobres. Ésa es el hambre que tú y yo debemos encontrar. Quizá estén en nuestro hogar.

—Santa Madre Teresa

¿Qué podré hacer hoy para responder al hambre que tiene Jesús de amarme y al hambre que tengo yo de amarle a Él?

Sábado, Semana 2

ENCONTRANDO AL DIOS DE AMOR

“Les dejo la paz. Les doy mi paz, pero no se la doy como la dan los que son del mundo. No se angustien ni tengan miedo.” (Juan 14:27)

Dios es Espíritu y es la Fuente de todo amor. Nuestra jornada espiritual nos llama a buscar y a encontrar a este Dios viviente en la oración, en la adoración, en la lectura espiritual, en la orientación espiritual, en el servicio compasivo a los pobres, y en los buenos amigos. Proclamemos esta verdad, que somos amados, y abramos nuestros corazones para recibir el desbordante amor que Dios derrama sobre nosotros. Y viviendo plenamente cada día compartamos ese amor en cada una de nuestras maravillosas y difíciles relaciones, responsabilidades, y pasos. Las semillas de la muerte obran dentro de nosotros, pero el amor es más fuerte que la muerte. Tu muerte y la mía será nuestro paso final, nuestro éxodo hacia el pleno entendimiento de nuestra identidad como hijos amados de Dios y hacia la completa comunión con el Dios de amor. Jesús caminó la senda antes que nosotros y nos invita a elegir el mismo camino durante nuestras vidas. Nos dice «Sígueme.» Nos asegura, «No temas.» Esta es nuestra fe.

—Henri J.M. Nouwen

¿Qué me causa más temor cuando intento seguir los caminos de Jesús?

Tercer Domingo de Cuaresma

RECONSTRUIRÉ MI TEMPLO

“¿Acaso no saben ustedes que son templo de Dios, y que el Espíritu de Dios vive en ustedes? (1 Corintios 3:16)

Para comprender bien el episodio evangélico de hoy, debemos subrayar un detalle importante: Dios quiere que su templo sea una casa de oración para todos los pueblos (cf. Is 56,7). De ahí la decisión de Jesús de derribar las mesas de cambio de moneda y expulsar a los animales. Esta purificación del santuario era necesaria para que Israel redescubriera su vocación: ser una luz para todos los pueblos, un pequeño pueblo elegido para servir a la salvación que Dios quiere dar a todos. Se nos a confiado la tarea de ayudar a descubrir nuevos caminos para encontrar a los que están lejos de la fe y de la Iglesia. Pero, al hacer este servicio, lleváis con vosotros esta conciencia, esta confianza: no hay corazón humano en el que Cristo no quiera y no pueda renacer. En nuestras existencias de pecadores a menudo nos distanciamos del Señor y apagamos el Espíritu. Destruimos el templo de Dios que es cada

uno de nosotros. Sin embargo, esta no es nunca una situación definitiva. De una manera a menudo misteriosa pero real, el Señor abre nuevos destellos en nuestros corazones, deseos de verdad, bondad y belleza, que dan cabida a la evangelización. Hay que mantener la convicción de que al Señor le bastan tres días para reconstruir su templo dentro de nosotros.

—Papa Francisco

¿En qué forma ha estado Jesús reconstruyendo su templo en mi corazón durante esta Cuaresma para hacer de él su morada?

Lunes, Semana 3

CONFÍA EN EL AMOR DE DIOS

“Estoy convencido de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los poderes y fuerzas espirituales, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo más alto, ni lo más profundo, ni ninguna otra de las cosas creadas por Dios. ¡Nada podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado en Cristo Jesús nuestro Señor!” (Romanos 8:38-39)

El pecado es el mal que destruye el templo de Dios dentro de nosotros, y trata de separar el alma de Dios. Cambiar de lugar no va a cambiar mi corazón ¿Qué cambiará mi corazón? Mi amor por Jesús. Lo único que quiero es entregarme de verdad y por completo a Jesús. Pidámosle a Nuestra Señora que nos ayude durante el día de hoy a abrir nuestros corazones a Jesús. Por nosotros mismos, no tenemos valor. Confesémoslo y liberémonos de eso. Encontrarás a Jesús, y cuando lo hagas, encontrarás paz, amor y unidad. Respondamos a la tremenda sed de Dios con nuestra confianza amorosa en su amor por nosotros y la entrega total a su voluntad con alegría. Volvámonos a Dios con fe y amor profundos, arrepintiéndonos de nuestros pecados y suplicando su misericordia. Volvamos también los unos a los otros con amor y confianza, pidiendo perdón por todas las ofensas que hayamos ocasionado y perdonando todas las que hemos recibido.

—Santa Madre Teresa

¿Qué me aleja más de Dios y de mi llamado a seguir a Jesús y recorrer sus caminos?



Martes, Semana 3

MI INSEGURO CORAZÓN

“Yo te he amado con amor eterno; por eso te sigo tratando con bondad.”

(Jeremías 31:3)

El verdadero pecado consiste en negar el amor primero de Dios por mí, en ignorar mi bondad original. Porque si no me apoyo en ese amor primero y en esa bondad original, perderé la noción verdadera de quien soy y emprenderé una búsqueda destructiva entre gente y lugares erróneos de algo que sólo puedo encontrar en la casa de mi Padre. No creo ser el único en esta lucha por reclamar el primer amor de Dios y mi bondad original. Debajo de tanta asertividad humana, de tanta competitividad, y rivalidad; debajo de tanta seguridad propia y hasta arrogancia, muchas veces encuentras un corazón inseguro, mucho más inseguro de sí mismo de lo que te Imaginarías al ver el comportamiento exterior. Estoy comenzando a ver cuán radicalmente cambiaría el carácter de mi jornada espiritual si dejo de pensar que Dios se esconde de mí y hace todo lo posible para que no lo encuentre, y en cambio comience a ver que es Él quien me busca y soy yo el que se esconde. Cuando miro a través de los ojos de Dios a mi yo perdido y descubro su alegría de verme regresar a casa, mi vida se hace menos angustiada y más confiada.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cómo me he estado escondiendo para evitar responder a la búsqueda de Dios por mí?

Miércoles, Semana 3

TRAIGAMOS LUZ A LOS TIEMPOS OSCUROS

“Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, tendrá la luz que le da vida, y nunca andará en la oscuridad.” (Juan 8:12)

Como discípulos de Jesús tenemos la misión de llevar al mundo la esperanza y la salvación de Dios: ser signo del amor de Dios que llama a todos a la amistad con Él; ser levadura que hace fermentar toda la masa, sal que da sabor y preserva de la corrupción, ser una luz que ilumina. En nuestro entorno, basta con abrir un periódico, vemos que la presencia del mal existe, que el Diablo actúa. Pero quisiera decir en voz alta: ¡Dios es más fuerte! Vosotros, ¿creéis esto: que Dios es más fuerte? Y, ¿sabéis por qué es más fuerte? Porque Él es el Señor, el único Señor. Y desearía añadir que la realidad a veces oscura, marcada por el mal, puede cambiar si nosotros, los cristianos, llevamos a ella la luz del Evangelio sobre todo con nuestra vida. Si en un estadio en una

noche oscura, una persona enciende una luz, se vislumbra apenas; pero si los más de setenta mil espectadores encienden cada uno la propia luz, el estadio se ilumina. Hagamos que nuestra vida sea una luz de Cristo; juntos llevaremos la luz del Evangelio a toda la humanidad.

—Papa Francisco

¿A quién podría llevarle hoy la luz del Evangelio?

Jueves, Semana 3

USTEDES SON LA LUZ DE CRISTO

“Ustedes son la luz de este mundo... procuren ustedes que su luz brille delante de la gente, para que, viendo el bien que ustedes hacen, todos alaben a su Padre que está en el cielo.” (Mateo 5:14. 16)

Hace algún tiempo, en Calcuta, los directores de varias escuelas y universidades vinieron a nuestra casa y me dijeron: «Madre, nos gustaría abandonar nuestras escuelas y universidades, y venir a compartir su labor.» Les respondí: «Entiendo que ésa es la tentación mas diabólica para ustedes, la más diabólica, porque si el demonio les quita de sus puestos podrá destruir a los jóvenes. Ustedes son los únicos que representan la presencia de Cristo para ellos. Son los únicos que pueden darles Su luz, que pueden vivir la alegría de amar para ellos, los únicos que pueden enseñarles lo que es la pureza, la obediencia, la vida de amor por los demás. Por lo tanto, quédense donde están, pero abran sus escuelas a nuestros pobres y los barrios de chabolas dejen de serlo. Abran sus hospitales a nuestros pobres, y no hará falta que vengan a trabajar con nosotras. Nosotras llevaremos la gente hasta ustedes.»

—Santa Madre Teresa

¿Con quién podré compartir la alegría del amor de Dios hoy?

Viernes, Semana 3

JESÚS, QUÉDATE CONMIGO

“Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo.”

(Mateo 28:20)

Oh Señor Jesucristo, oro para que este tiempo Cuaresmal me ayude a estar más consciente de tu presencia misericordiosa en mi vida y menos preocupado por hacer todo bien ante los ojos de mi mundo. Déjame reconocerte en la profundidad de mi corazón donde habitas y me sanas. Permite que te experimente en el centro de mi ser desde donde tú deseas instruirme y guiarme.

Déjame conocerte como mi hermano amado que no me guarda ningún rencor—ni siquiera por mis peores pecados, sino que quiere recibirme con un tierno abrazo. Aleja de mí los tantos temores, sospechas, y dudas con las que te impido ser mi Señor, y dame el valor y la libertad de presentarme desnudo y vulnerable ante la luz de tu presencia, confiado en tu insondable misericordia. Sé cuán grande es mi resistencia, y cuán rápido elijo la oscuridad en lugar de la luz. Pero también sé que sigues llamándome a la luz, donde puedo ver no sólo mis pecados, sino también tu rostro misericordioso. Acompáñame en cada hora de mis días. Alabanza y gloria a ti, ahora y por siempre.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cuándo he estado más consciente de la presencia de Jesús en mi vida y en mi interior durante esta Cuaresma?

Sábado, Semana 3

LA LEY DEL AMOR

“Pero yo les digo que cualquiera que se enoje con su hermano, será condenado.”

(Mateo 5:22)

La ley del pueblo de Dios es la ley del amor, amor a Dios y amor al prójimo; las dos cosas van juntas. Un amor, sin embargo, que no es estéril sentimentalismo o algo vago, sino que es reconocer a Dios como único Señor de la vida y, al mismo tiempo, acoger al otro como verdadero hermano, superando divisiones, rivalidades, incomprensiones, egoísmos. ¡Cuánto camino debemos recorrer aún para vivir en concreto esta nueva ley, la ley del Espíritu Santo que actúa en nosotros, la ley de la caridad, del amor! Cuando vemos en los periódicos o en la televisión tantas guerras. ¡Cuántas guerras por envidia y celos, cuántas guerras en los barrios, en los lugares de trabajo, y hasta en las familias! Nosotros debemos pedir al Señor que nos haga comprender bien esta ley del amor. Cuán hermoso es amarnos los unos a los otros como hermanos auténticos. Tal vez muchos de ustedes están un poco enfadados con alguien; entonces digamos al Señor: Señor, yo estoy enfadado con este o con esta; te pido por él o por ella. Rezar por aquellos con quienes estamos enfadados es un buen paso en esta ley del amor

—Papa Francisco

¿Cómo podré tomar el primer paso para reconciliarme con aquellos con los que estoy enfadado?

Cuarto Domingo de Cuaresma

SER COMO NIÑOS

*“Les aseguro que el que no acepta el reino de Dios como un niño, no entrará en él.”
(Marcos 10:15)*

¿Dónde puedo aprender a rezar? Jesús mismo nos enseñó. «Recen así: Padre nuestro...hágase Tu voluntad...Perdónanos como nosotros perdonamos.» Es tan sencillo y sin embargo tan hermoso. Nos acompaña a lo largo de la jornada, cada día de nuestras vidas. Si rezamos y vivimos el Padre Nuestro, seremos santos. Está todo ahí: Dios, yo mismo, mi prójimo. Si perdono, puedo ser santa y puedo rezar. Todo surge de un corazón humilde y, si lo tenemos, sabremos como amar a Dios, como amarnos a nosotros mismos y a los demás. Hay en todo esto un amor sencillo por Jesús. No existe ninguna dificultad, y sin embargo nos complicamos tanto la vida con tantas cosas. Lo único importante es ser humilde y rezar. Cuanto más reces, mejor rezarás. ¿Cómo hacerlo? Deberías presentarte ante Dios como un niño pequeño. Los niños no tienen dificultades para expresar lo que les pasa por la cabecita con palabras sencillas, pero de gran significado. Dijo Jesús a Nicodemo: «Conviértete en un niño pequeño.» Si rezamos el Evangelio, permitiremos que Cristo crezca en nosotros.

—Santa Madre Teresa

En relación a los regalos de Dios, ¿Cómo puedo estar más abierto a ellos y aceptarlos como un niño?

Lunes, Semana 4

CORAZÓN HABLA A CORAZÓN

“Y porque ya somos sus hijos, Dios mandó el Espíritu de su Hijo a nuestros corazones; y el Espíritu clama: «¡Abbá! ¡Padre!»” (Gálatas 4:6)

La disciplina del corazón nos ayuda a permitir que Dios entre en nuestro corazón para que nosotros le conozcamos ahí, en los rincones más recónditos de nuestro ser. No es fácil hacerlo. El amor de Dios es un amor exigente, incluso celoso, y cuando dejamos que ese amor hable dentro de nosotros, nos lleva a lugares donde a menudo preferiríamos no ir. Y sin embargo, sabemos que todo el que ha permitido que el amor de Dios entre en su corazón, no sólo se ha convertido en un mejor ser humano, sino que también ha contribuido significativamente a hacer un mundo mejor. Haz espacio para Dios en tu corazón y deja que Dios te aprecie. Ahí podrás estar a solas con Dios. Ahí, corazón habla a corazón y ahí en esa sagrada privacidad la nueva per-

sona nacerá en ti. Jesús le dijo a Nicodemo: «Te aseguro que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios.» Cuando te atreves a estar a solas con Dios se hace posible este renacimiento. Toma lugar en profundo secreto, porque donde el corazón de Dios le habla a tu corazón, ahí todo se renueva.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cómo podré hoy encontrar más tiempo para simplemente estar a solas con Dios?

Martes, Semana 4

ORAR A NUESTRO PADRE

“Pero tú, cuando ores, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre en secreto.” (Mateo 6:6)

Para rezar no es necesario hacer mucho ruido ni creer que es mejor usar muchas palabras. Para rezar no se necesita amontonar frases vacías. Rezar no es algo mágico. Entonces, ¿cómo se debe orar? Jesús nos lo enseñó, nos dijo: «El Padre que está en el Cielo sabe lo que necesitáis, antes incluso de que se lo pidáis» (Mt 6:8). Por lo tanto, la primera palabra debe ser «Padre». Esta palabra es la clave de la oración. Sin decirla, sin sentirla, no se puede rezar. ¿A quién rezo? ¿Al Dios omnipotente? Está demasiado lejos. Esto yo no lo siento, Jesús tampoco lo sentía. ¿A quién rezo? ¿Al Dios cósmico? Está un tanto de moda, ¿no? Rezar al Dios cósmico. Esta modalidad politeísta llega con una cultura superficial. Es necesario, en cambio, orar al Padre, a Aquél que nos ha generado. Pero no sólo eso: es necesario rezar al Padre «nuestro», es decir, no al Padre de un todos genérico o demasiado anónimo, sino a Aquél que te ha generado, que te ha dado la vida, a ti, a mí.

—Papa Francisco

¿Cómo me siento cuanto pienso en Dios y le hablo como a un padre?

Miércoles, Semana 4

CUANDO ES DIFÍCIL ORAR

“A ellos Dios les quiso dar a conocer la gloriosa riqueza que ese designio encierra para todas las naciones. Y ese designio secreto es Cristo, que está entre ustedes y que es la esperanza de la gloria que han de tener.” (Colosenses 1:27)

Cuando llega el tiempo en que no podemos rezar, es muy sencillo: si Jesús está en mi corazón, que rece Él en mí, que hable a su Padre en el silencio de mi corazón. Si yo no puedo hablar, Él hablará; si no puedo rezar, Él rezará. Por eso deberíamos repetir a menudo: «Jesús en mi corazón, creo en tu fiel

amor por mí.» Y cuando no tengamos nada que dar, démosle esa nada a Él. Si no podemos rezar, entreguémosle dicha incapacidad a Él. Dejemos que rece al Padre en nosotros. Pidámosle que ore en nosotros, pues nadie conoce al Padre y puede rezar mejor que Él. Y si mi corazón es puro, si Jesús está en él, si es un sagrario del Dios vivo que santificar con la gracia, Jesús y yo somos uno. Él ora en mí, piensa en mí, trabaja conmigo y a través de mí. Él utiliza mi lengua para hablar, mi cerebro para pensar, se sirve de mi mano para tocar su cuerpo roto.

—Santa Madre Teresa

¿Cómo he enfrentado los tiempos áridos de mi oración en esta Cuaresma? ¿Con que resultados?

Jueves, Semana 4

ESCUCHA TU CORAZÓN

“No vivan ya según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le es grato, lo que es perfecto.”
(Romanos 12:2)

Orar es ante todo escuchar a Jesús, quien habita en lo más profundo de tu corazón. Él no grita. Él no se te impone. Su voz es una voz modesta, casi un susurro, la voz de un tierno amor. Hagas lo que hagas con tu vida, sigue escuchando la voz de Jesús en tu corazón. Éste escuchar debe ser activo y muy atento, ya que en nuestro inquieto y ruidoso mundo, la voz tan amorosa de Dios se ahoga fácilmente. Necesitas apartar algo de tiempo todos los días para esta escucha activa de Dios, aunque sea sólo por diez minutos. Diez minutos cada día sólo para Jesús pueden ocasionar un cambio radical en tu vida. Te darás cuenta de que no es fácil quedarse quieto por diez minutos seguidos. Inmediatamente descubrirás que muchas voces, voces ruidosas que te distraen y que no vienen de Dios, exigirán tu atención. Pero si te adhieres a tu tiempo de oración diaria, lento pero seguro llegarás a escuchar la dulce voz del amor y cada vez más anhelarás escucharla.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cómo he experimentado las suaves incitaciones de Jesús en mi oración durante esta Cuaresma?

Viernes, Semana 4

ESCÚCHAME, DEJA TODO, Y SÍGUEME

“Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame.” (Mateo 16:24)

La vida cristiana es siempre un seguir al Señor. Pero para seguirle primero hay que oír qué nos dice; y después hay que dejar lo que en ese momento debemos dejar y seguirle. Él, en efecto, jamás dice: «¡Sígueme!», sin después decir la misión. Dice siempre: «Deja y sígueme para esto». Es una secuencia que se repite también cuando vamos a orar. Primero que nada, la escucha de la palabra de Jesús, una palabra a través de la cual Él nos da la paz y nos asegura su cercanía. Después, el momento de nuestra renuncia: debemos estar dispuestos a «dejar algo» Señor, ¿qué quieres que deje para estar más cerca de ti? Finalmente, el momento de la misión: la oración nos ayuda siempre a entender lo que debemos hacer. He aquí entonces la síntesis de nuestro orar: Oír al Señor, tener el valor de despojarnos de algo que nos impide ir deprisa para seguirle y finalmente tomar la misión.

—Papa Francisco

¿Qué es lo que principalmente debo dejar para poder hacer la obra que Jesús me está llamando a hacer para él?

Sábado, Semana 4

MI ENTREGA TOTAL A DIOS

“Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios. ¡Que tu buen espíritu me lleve por un camino recto!” (Salmo 143:10)

La entrega total consiste en darse a uno mismo por completo a Dios. ¿Por qué debemos hacerlo? Porque Dios se ha dado a Sí mismo a nosotros. Si Él, que no nos debe nada, está dispuesto a entregarnos nada menos que a Sí mismo, ¿responderemos ofreciendo sólo una parte de nosotros mismos? Darnos por completo a Dios es un medio para recibir al mismo Dios. Yo para Él y Él para mí. Vivo para Dios y renuncio a mi propio yo, y, así hago que Dios viva para mí. Por lo tanto, para poseer a Dios debemos permitirle que Él posea nuestra alma. Cuán pobres seríamos si Dios no nos hubiera concedido la capacidad de darnos a Él. ¡Y cuán ricos somos ahora! ¡Y qué fácil resulta conquistar a Dios! Nos damos a Él y por eso Él es nuestro, y nada puede ser más nuestro que Dios. La moneda con que Dios remunera nuestra entrega es Él mismo. Nos hacemos dignos de poseerle cuando nos abandonamos completamente a Él. Entregarse significa ofrecerle mi libre voluntad y mi razón,

es decir, mi propia luz para ser guiado por Su palabra, en pura fe. Puede que mi alma esté en la oscuridad, pero sé que esa oscuridad, las dificultades y el sufrimiento son la prueba más eficaz de mi entrega ciega.

—Santa Madre Teresa

¿Qué cosa no quiero entregar en mi entrega total a Dios?

Quinto Domingo de Cuaresma

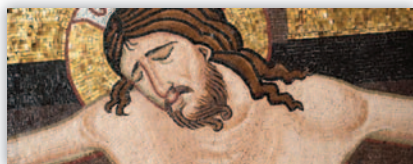
LA DEBILIDAD DE DIOS

“Pues lo que en Dios puede parecer una tontería, es mucho más sabio que toda sabiduría humana; y lo que en Dios puede parecer debilidad, es más fuerte que toda fuerza humana.” (1 Corintios 1:25)

¿Cuál fue y es la respuesta de Dios ante el poder diabólico que domina al mundo y destruye a las personas y sus tierras? La respuesta es un total y profundo misterio porque Dios eligió la impotencia. Dios quiso entrar en la historia humana en total debilidad. Esa elección divina constituye el centro de la fe cristiana. En Jesús de Nazaret, la impotencia de Dios apareció entre nosotros para desenmascarar la ilusión del poder, para desarmar al príncipe de la oscuridad quien reina en el mundo, y para brindarle a la dividida raza humana una nueva unidad. A través de la impotencia total y absoluta, Dios nos muestra la misericordia divina. Esta elección radical y divina es la elección de revelar la gloria, la belleza, la verdad, la paz, y sobre todo, el amor en y a través de un total despojo de poder. Es muy difícil—sino es que imposible—para nosotros comprender este misterio divino. Seguimos rezándole al «Dios poderoso y omnipotente.» Y sin embargo toda la omnipotencia y el poder están ausentes en aquel que nos reveló a Dios cuando dijo: «El que me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Juan 14:9). Si de verdad queremos amar a Dios, debemos ver al Nazareno, cuya vida estaba envuelta en debilidad. Y su debilidad nos abre el camino al corazón de Dios.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cuándo he experimentado el poder de la debilidad en mi relación con Dios y con los demás?



Lunes, Semana 5

JESÚS APRENDIÓ LA OBEDIENCIA

“Así que Cristo, a pesar de ser Hijo, sufriendo aprendió lo que es la obediencia; y al perfeccionarse de esa manera, llegó a ser fuente de salvación eterna para todos los que lo obedecen.” (Hebreos 5:8-9)

¿Qué significa «obedecer a Dios»? ¿Significa que debemos ser como esclavos en cautiverio? ¡No! ¡El que obedece a Dios es libre y no esclavo! La palabra «obedecer» viene del latín, significa escuchar, oír a otros. Obedecer a Dios es escuchar a Dios, tener un corazón abierto para seguir el camino que Él nos señala para liberarnos. En nuestras vidas a menudo se nos proponen cosas que no vienen de Jesús, que no vienen de Dios. Está claro que a veces nuestras debilidades nos llevan por caminos equivocados. Inclusive por caminos muy peligrosos. Hacemos un pacto: un poquito de Dios y un poquito de ti. Hacemos este pacto y proseguimos con una doble vida: un poco de la vida que Jesús nos dice y un poco de la vida que el mundo y los demás nos dicen. La Iglesia nos invita a tomar el sendero de Jesús y a no escuchar las propuestas del mundo, las propuestas mediocres, las propuestas a medias. Son formas incorrectas de vivir que no nos traerán felicidad.

—Papa Francisco

¿Qué es lo que principalmente me aleja de los caminos por los cuales Jesús quiere que lo siga?

Martes, Semana 5

SIGUE ESCUCHANDO HASTA QUE DIOS TE HABLE

“Guarda silencio ante el Señor; espera con paciencia a que él te ayude. No te irrites por el que triunfa en la vida, por el que hace planes malvados.” (Salmo 37:7)

Hoy en día Dios sigue llamándonos—a ti y a mí—, pero ¿le oímos? ¿hemos oído su voz en el silencio de nuestros corazones? ¿buscamos un tiempo para «estar quietos, saber que yo soy Dios» (Salmo 46:11)? En realidad no podemos oír a Dios en medio del ruido y el clamor del mundo. ¿Buscamos un tiempo para la oración a lo largo de nuestro día? ¿Le amamos lo suficiente para querer escuchar su llamada a que lo abandonemos todo y le sigamos en la libertad de la pobreza, con un amor íntegro, mediante una entrega total en la obediencia? Desde la Cruz Jesús grita: «Tengo sed.» Su sed era de almas, incluso cuando estaba ahí colgado, a punto de morir, solo, despreciado. ¿Quién traerá esas almas para saciar la sed del Dios infinito que muere por amor?

¿Podemos permanecer, tú y yo, como meros espectadores? ¿O pasar de largo y no hacer nada? Mantendré el silencio de mi corazón con el mayor cuidado para poder oír sus palabras de consuelo y, desde la plenitud de mi corazón, consolar a Jesús quien se presenta con el angustioso disfraz de los pobres.

—Santa Madre Teresa

¿Cómo podré escuchar más atentamente hoy a las formas en que Jesús me invita a seguirle?

Miércoles, Semana 5

CONTINÚA TU OBRA EN MÍ

“Pues Dios, según su bondadosa determinación, es quien hace nacer en ustedes los buenos deseos y quien los ayuda a llevarlos a cabo.” (Filipenses 2: 12-13)

Oh Señor, este tiempo santo de Cuaresma pasa rápidamente. Lo comencé con temor, pero también con grandes expectativas. Esperaba un gran avance, una conversión poderosa, un cambio real de corazón. Pero sé que no vienes a tu pueblo con truenos y relámpagos. Incluso San Pablo y San Francisco viajaron a través de mucha oscuridad antes de poder ver tu luz. Permíteme sentirme agradecido por tus formas gentiles. Sé que estás obrando. Sé que no me abandonarás. Sé que me estás preparando para la Pascua, pero de una manera que encaja con mi propia historia y mi propio temperamento. Oro para que estos últimos días, en los que me invitas a adentrarme más de lleno en el misterio de tu pasión, me traigan un mayor deseo de seguirte en el camino que has creado para mí y a aceptar la cruz que me entregas. Permíteme que yo dé muerte a mi deseo de escoger mis propios caminos y seleccionar mi propia cruz. Tú no quieres hacer de mí un héroe, sino un servidor que te ama. Acompáñame mañana y en los días venideros, y permíteme experimentar tu dulce presencia.

—Henri J.M. Nouwen

¿Qué cambios revelan más cómo Dios ha estado obrando en mí durante esta temporada de Cuaresma?



Jueves, Semana 5

PONIENDO A PRUEBA LOS ESPÍRITUS

“Queridos hermanos, no crean ustedes a todos los que dicen estar inspirados por Dios, sino pónganlos a prueba, a ver si el espíritu que hay en ellos es de Dios o no.”
(1 Juan 4:1)

Nuestro corazón tiene siempre deseos, ganas, pensamientos: pero, ¿todos éstos, son del Señor? ¿O algunos de éstos nos alejan del Señor? Por ello es necesario ponerlos a prueba para examinar si los espíritus vienen de Dios, pues muchos falsos profetas han salido al mundo. Y falsos pueden ser no sólo los profetas, sino también las profecías o las propuestas. Por ello es necesario vigilar siempre. Es más, el cristiano es precisamente el hombre o la mujer que sabe vigilar sobre su corazón. Un corazón en el cual hay muchas cosas que van y vienen parece un mercado de barrio donde se encuentra de todo. Precisamente por esto es necesaria una obra constante de discernimiento; para comprender lo que es verdaderamente del Señor. Pero ¿cómo sé que esto es de Cristo? El criterio a seguir lo indica el apóstol Juan. «Todo espíritu que confiesa a Jesucristo venido en carne es de Dios» (1 Jn 4:2). Es así de sencillo: si lo que tú deseas, o lo que tú piensas va por el camino de la encarnación del Verbo, del Señor que vino en carne, significa que es de Dios; pero si no va por ese camino, entonces no viene de Dios. Se trata, en esencia, de reconocer el camino recorrido por Dios, quien se abajó, se humilló hasta la muerte de cruz. Abajamiento, humildad y también humillación: éste es el camino de Jesucristo.

—Papa Francisco

¿Cómo podría estar más alerta cada día para poder discernir los pensamientos y deseos de mi corazón?

Viernes, Semana 5

HAMBRIENTOS DE AMOR

“Entonces ellos le preguntarán: Señor, ¿cuándo te vimos con hambre o con sed, o como forastero, o falto de ropa, o enfermo, o en la cárcel, y no te ayudamos?”
(Mateo 25:44)

Es siempre el propio Cristo quien dice: Tuve hambre, no sólo de pan sino de la paz que nace de un corazón puro. Tuve sed, no sólo de agua sino de la paz que sacia la enardecida sed de la pasión por la guerra. Estaba desnudo, carecía no de ropas sino de la bella dignidad de los hombres y las mujeres hacia sus cuerpos. No tenía hogar, no por carecer de un refugio hecho de ladril-

los sino de un corazón comprensivo que acoja, que ame. Hay mucha, mucha gente—ancianos, incapacitados, dementes, gente que no tiene a nadie que le ame—que está hambrienta de amor. Y tal vez ese tipo de hambre se halle en nuestros propios hogares, en nuestras propias familias. Quizá tienes a un anciano en casa, o a alguien enfermo en la familia. ¿Te has detenido a pensar que puedes mostrar tu amor a Dios quizá sonriéndole, dándole un vaso de agua o sentándote a su lado a charlar un rato?

—Santa Madre Teresa

¿Quién que conozco tiene hambre de amor, y en qué modo podría yo tratar de satisfacerla?

Sábado, Semana 5

JESÚS FUE ENTREGADO

“El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres, y lo matarán; pero tres días después resucitará.” (Marcos 9:31)

El termino «ser entregado» juega un papel principal en la vida de Jesús. En efecto, este drama de ser entregado divide la vida de Jesús radicalmente en dos partes. La primer parte de la vida de Jesús está llena de actividad. Jesús toma todo tipo de iniciativas. Él habla; él predica; él sana; él viaja. Pero en Getsemaní, Jesús «fue entregado.» Algunas traducciones dicen que Jesús fue «traicionado», pero el griego dice, «entregado.» Judas entregó a Jesús (Mc 14:10). Pero lo extraordinario es que la misma palabra se usa no sólo para Judas sino también para Dios. Dios no escatimó a Jesús, sino que lo entregó para el beneficio de todos nosotros (Rom 8:32). Inmediatamente después de que Jesús fue entregado, se convierte en aquel a quien se le están haciendo las cosas. Está siendo arrestado; está siendo llevado ante el sumo sacerdote; está siendo llevado ante Pilato; está siendo coronado con espinas; está siendo clavado a una cruz. Se le hacen estas cosas sin que él tenga ningún control. Ese es el significado de la pasión—ser el destinatario de las acciones de otras personas.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cómo he principalmente experimentado el «ser entregado» y que las cosas se me hagan a mí durante mi vida?

Domingo de la Pasión/Domingo de Ramos

CONFIAR EN DIOS Y ENTREGARSE A ÉL

“Señor, hazme justicia, pues mi vida no tiene tacha. En ti, Señor, confío firmemente.” (Salmo 26:1)

Jesús tenía una confianza incondicional en el Padre. Manifestó una profunda compasión por los más débiles, especialmente los pobres, los enfermos, los pecadores y los excluidos. Vivió la experiencia de sentirse incomprendido y descartado; sintió miedo del sufrimiento y conoció la fragilidad de la pasión; dirigió su mirada al futuro abandonándose en las manos seguras del Padre y a la fuerza del Espíritu. Ese Cristo que nos salvó en la Cruz de nuestros pecados, con ese mismo poder de su entrega total sigue salvándonos y rescatándonos hoy. Mira su Cruz, aférrate a Él, déjate salvar, porque quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Y si pecas y te alejas, Él vuelve a levantarte con el poder de su Cruz. Su perdón y su salvación no son algo que hemos comprado, o que tengamos que adquirir con nuestras obras o con nuestros esfuerzos. Él nos perdona y nos libera gratis. Su entrega en la Cruz es algo tan grande que nosotros no podemos ni debemos pagarlo, sólo tenemos que recibirlo con inmensa gratitud y con la alegría de ser tan amados. Mira los brazos abiertos de Cristo crucificado, déjate salvar una y otra vez. Y cuando te acerques a confesar tus pecados, cree firmemente en su misericordia que te libera de la culpa. Contempla su sangre derramada con tanto cariño y déjate purificar por ella. Así podrás renacer, una y otra vez. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría

—Papa Francisco

¿Cómo puedo aumentar mi confianza en Dios y ahora más que nunca encomendarme a Él?

Lunes de La Semana Santa

EL PODER DEL PERDÓN

“Pedro le dijo: —Aunque todos pierdan su fe, yo no. Jesús le contestó: —Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo por segunda vez, me negarás tres veces.” (Marcos 14:29-30)

Todos los apóstoles dijeron: «Nos quedaremos junto a Ti, jamás te abandonaremos», sin embargo, cuando llegó el momento, salieron corriendo. Cuando la mujer le dijo a Pedro, quien dos días antes había proclamado a

Jesús como el verdadero Hijo de Dios: «Tú también eres un seguidor», por miedo a esa mujer Pedro negó conocer a Jesús—tal como Jesús lo predijo. Cuando Pedro miró a Jesús, ¿Qué ocurrió? Salió y lloró amargamente porque él, Pedro, había negado a Jesús. ¿Qué hizo Jesús? Sus ojos se encontraron con los ojos de Pedro. Qué herida tan tremenda le causo Pedro a Jesús, sin embargo, qué tierno amor había en los ojos de Jesús; y Pedro vio ese perdón y salió llorando amargamente. Tras la Resurrección, Jesús le preguntó: «¿Tú me amas?», y Pedro lloró. Esto es caridad. Cuando alguien te hiera, mírale con bondad y hazte el propósito de no acumular amargura en tu corazón. Jesús podría haber dicho: «Pedro, ¿Qué estás diciendo?», o haberle mirado con ojos llenos de ira. Recibimos el perdón de Jesús para que podamos también nosotros dar ese perdón.

—Santa Madre Teresa

¿Alguna vez he abandonado mi compromiso de seguir a Jesús por miedo?

Martes de La Semana Santa

TODOS DEBEREMOS ELEGIR

“Les he dado a elegir entre la vida y la muerte, y entre la bendición y la maldición. Escojan, pues, la vida, para que vivan ustedes y sus descendientes, amen al Señor su Dios, obedézcanlo y séanle fieles.” (Deuteronomio 30:19-20)

La Pasión es una forma de esperar—esperar a lo que te van a hacer otras personas. Jesús fue a Jerusalén a anunciar las buenas nuevas a la gente de esa ciudad. Y Jesús sabía que les iba a exponer una elección: ¿Serás mi discípulo o serás mi verdugo? No existe aquí un punto medio. Jesús fue a Jerusalén a poner a la gente en una posición donde tendrían que decir «Sí» o «No». Ese es el gran drama de la pasión de Jesús: que tuvo que esperar su respuesta. ¿Qué harían ellos? ¿Traicionarlo, o seguirlo? En cierta forma, su agonía no es simplemente la agonía de su muerte inminente. Es también la agonía de perder el control y tener que esperar. Es la agonía de un Dios que depende de nosotros para decidir cómo vivir su presencia divina entre nosotros. Es la agonía del Dios que, de una manera muy misteriosa, nos permite decidir cómo Dios será Dios. Aquí vislumbramos el misterio de la encarnación de Dios. Dios se hizo humano no solo para actuar entre nosotros sino también para ser el receptor de nuestras respuestas.

—Henri J.M. Nouwen

¿Cómo podré renovar mi elección de seguir a Jesús y vivir más de acuerdo con sus enseñanzas?

Miércoles de La Semana Santa

DERROTA & VICTORIA

“La muerte ha sido devorada por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?... ¡Pero gracias a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Corintios 15:55, 57)

No tengamos miedo de contemplar la cruz como un momento de derrota. Pablo, cuando hace la reflexión sobre el misterio de Jesucristo nos dice cosas fuertes, nos dice que Jesús se vació a sí mismo, se aniquiló a sí mismo, asumió todo nuestro pecado, todo el pecado del mundo: era un condenado. Por tanto Pablo no tenía miedo de hacer ver esta derrota y también esto puede iluminar un poco nuestros momentos feos, nuestros momentos de derrota. Pero la cruz es también un signo de victoria para nosotros los cristianos. Como dicen los padres de la Iglesia, satanás vio a Jesús tan deshecho, harapiento y como el pez hambriento que va al cebo atado al anzuelo él fue allí y se tragó a Jesús. Pero en ese momento se tragó también la divinidad porque era el cebo unido al anzuelo con el pez. En ese momento satanás es destruido para siempre. No tiene fuerza. La cruz, en ese momento, se convierte en signo de Victoria. Nuestra victoria es la cruz de Jesús, la victoria delante de nuestro enemigo, la gran serpiente antigua, el gran Acusador. Hemos sido salvados, en ese recorrido que Jesús eligió hacer hasta lo más bajo, pero con la fuerza de la divinidad.

—Papa Francisco

¿De qué maneras he compartido yo también el misterio del fracaso y la victoria de Jesús en mi vida?

Jueves Santo

HAMBRIENTOS DEL PAN DE VIDA

“Yo soy el pan que da vida. El que viene a mí, nunca tendrá hambre; y el que cree en mí, nunca tendrá sed.” (Juan 6:35)

En la Eucaristía, Jesús se hizo Pan de Vida para satisfacer mi hambre de Él. Y luego Él se convirtió en el hambriento de la Palabra de Dios, para que yo pudiera satisfacer su amor por mí. Así pues, Él tiene hambre, como nosotros tenemos hambre de Él. Y eso satisfará el hambre de Dios por nosotros, y nuestra hambre de Dios. Esa Palabra [debe] encarnarse primero en cada uno de nosotros; debe ser vivida aquí, debe encarnarse entre nosotros en el amor, en la unidad, en la paz, en la alegría, y luego podrás salir. Jesús se hizo Pan de vida para que tuviéramos vida. Él se hizo Pan para que tú y yo pudiéramos recibirlo, pudiéramos vivir con Él, pudiéramos conservarlo en nuestro corazón. Por eso es muy importante que durante el día y muy a menudo

digamos, «Jesús de mi corazón, creo en el tierno amor que tienes por mí, te amo, y te ofrezco mi corazón.»

—Santa Madre Teresa

¿Cómo puedo satisfacer mi hambre de amor acercándome a Jesús?

Viernes Santo

EL AMOR DE DIOS SE REVELA EN LA DEBILIDAD

“Es cierto que fue crucificado como débil, pero vive por el poder de Dios. De la misma manera, nosotros participamos de su debilidad, pero unidos a él viviremos por el poder de Dios.” (2 Corintios 13:4)

Dios se hizo humano, de ninguna forma diferente a otros seres humanos, para romper los muros del poder en total debilidad. Esa es la historia de Jesús. ¿Y cómo terminó esa historia? Terminó en una cruz, donde la misma persona humana cuelga desnuda con clavos atravesándole las manos y los pies. El in-defenso del pesebre se ha convertido en la impotencia de la cruz. La gente se burla de él, se ríen de él, le escupen la cara, y gritan: «Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel: ¡pues que baje de la cruz, y creeremos en él!» (Mat. 27:42). Ahí cuelga, su carne desgarrada por los látigos llenos de plomo, su corazón roto por el rechazo de sus amigos y el abuso de sus enemigos, su mente atormentada por la angustia, su espíritu destrozado en la oscuridad y el abandono—total debilidad, total impotencia. Así fue como Dios eligió revelarnos su amor divino, recobrarlos en un abrazo amoroso.

—Henri J.M. Nouwen

¿En qué momento de mi vida se me ha revelado el amor de Dios de una forma clara y poderosa?

Sábado de Gloria

JESÚS, ESTOY AQUÍ, ÁMAME

“Yo los amo a ustedes como el Padre me ama a mí; permanezcan, pues, en el amor que les tengo.” (Juan 15:9)

En el Evangelio están esas pocas palabras que describen su Pasión y muerte: fue coronado, azotado, escupido, palabras que hoy en día podríamos haber olvidado fácilmente. Los Evangelios son muy breves en su descripción de la Pasión. Evitaron usar mucha descripción. Pero sabemos que Jesús murió en la cruz porque amó. Él comprende nuestra naturaleza humana. Comprende también que ojos que no ven, corazón que no siente. Imagínate como sería

nuestra vida sin Jesús. Hoy tratemos de no leer mucho, ni meditar mucho, sino solamente permitir que Jesús nos ame. «Jesús estoy aquí, ámame». Cuando vemos la cruz, sabemos cuánto nos amó; cuando vemos el sagrario, sabemos cuánto nos ama ahora. «Amó», tiempo pasado; «ama», tiempo presente. No sólo en tiempo pasado, sino que nos ama ahora. Me ama tiernamente.

—Santa Madre Teresa

¿Cómo podré tomarme un tiempo hoy sólo para experimentar ese amor personal que Dios tiene por mí?

Domingo de Pascua

¡JESÚS HA RESUCITADO!

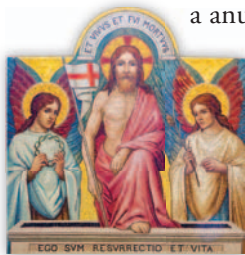
“Sabemos que Cristo, habiendo resucitado, no volverá a morir. La muerte ya no tiene poder sobre él. Pues Cristo, al morir, murió de una vez para siempre respecto al pecado; pero al vivir, vive para Dios. Así también, ustedes considérense muertos respecto al pecado, pero vivos para Dios en unión con Cristo Jesús.”

(Romanos 6:9-11)

Jesús ha resucitado y nos quiere hacer partícipes de la novedad de su resurrección. Por lo tanto, éste es el anuncio que la Iglesia repite desde el primer día: «¡Cristo ha resucitado!». Y, en Él, por el Bautismo, también nosotros hemos resucitado, hemos pasado de la muerte a la vida, de la esclavitud del pecado a la libertad del amor. Ésta es la buena noticia que estamos llamados

a anunciar a los demás y en todo ambiente, animados por el

Espíritu Santo. A todos y cada uno, entonces, no nos cansemos de repetir: ¡Cristo ha resucitado! Repitémoslo con las palabras, pero sobre todo con el testimonio de nuestra vida. La alegre noticia de la Resurrección debería transparentarse en nuestro rostro, en nuestros sentimientos y actitudes, en el modo con el cual tratamos a los demás. Nosotros anunciamos la resurrección



de Cristo cuando su luz ilumina los momentos oscuros de nuestra existencia y podemos compartirla con los demás; cuando sabemos sonreír con quien sonríe y llorar con quien llora; cuando caminamos junto a quien está triste y corre el riesgo de perder la esperanza; cuando transmitimos nuestra experiencia de fe a quien está en búsqueda de sentido y felicidad. Con nuestra actitud, con nuestro testimonio, con nuestra vida decimos: ¡Jesús ha resucitado!

—Papa Francisco

¡Jesús ha resucitado! ¿Cómo podrá inspirarme esta gran verdad a buscar su presencia en todos lados?